

Juan Crisóstomo

SOBRE PENTECOSTÉS

Discurso II

I

Grandes son y superiores a todo humano discurso las gracias que hoy nos ha concedido la benignidad de nuestro Dios; alegrémonos, pues, todos, y llenos de júbilo cantemos himnos a nuestro Señor. Día de fiesta y solemnidad es para nosotros el día de hoy. Así como las estaciones del año se van sucediendo las unas a las otras, así en la Iglesia una fiesta sucede a otra fiesta, y la pasada nos transmite a la venidera. Poco ha celebrábamos la Cruz, la Pasión, la Resurrección, y más tarde la Ascensión a los cielos de Nuestro Señor Jesucristo; hoy hemos avanzado ya hasta el límite mismo de los bienes, nos hemos adelantado hasta la metrópoli de las fiestas, hemos llegado a recoger el fruto de la promesa del Señor. *Si yo me retirare*, decía, *os enviaré otro Consolador*, y *no os dejaré huérfanos* (Jn. 16, 7). ¿Veis aquí su solicitud? ¿veis su inefable benignidad? Algunos días antes de hoy

subió al cielo, ocupó el trono real, tomó su puesto a la diestra del Padre; hoy nos concede liberalmente la venida del Espíritu Santo, y por él nos da innumerables dones el cielo. Porque, decidme, ¿qué cosas de las que contribuyen a nuestra salvación se nos dejó de dar por el Espíritu Santo? por él nos libramos de la servidumbre, somos llamados a libertad, nos elevamos a la adopción de hijos de Dios; somos, por decirlo así, formados de nuevo, y deponemos la abrumadora y fétida carga de los pecados; por el Espíritu Santo vemos los coros de los sacerdotes, y tenemos la jerarquía de los doctores; de esta fuente brotan la gracia de las revelaciones y el don de curaciones; y, en fin, todas las otras prerrogativas que adornan a la Iglesia de Dios, aquí tienen su principio. Así lo anuncia San Pablo al decir: *Todo esto lo obra el mismo indivisible Espíritu, distribuyendo en particular a cada uno como le place* (1 Cor. 12, 11). “Como le place”, dice, no “como se le ordena”; “distribuyendo”, no “distribuido”; “por propio impulso”, no “sujeto a impulso ajeno”. Porque la misma potestad que declaró en el Padre, la misma se la atribuye también el Apóstol al Espíritu Santo. Y así como hablando del Padre, dice: *Dios es quien todo lo obra en todos*, así también atestigua del Espíritu Santo (1. Cor. 12, 16): *Todo esto lo obra el mismo indivisible Espíritu Santo, distribuyendo en particular a cada uno como le place*. ¿Ves aquí la potestad absoluta? Porque si tienen una misma naturaleza, evidentemente tienen un mismo poder; y si tienen la misma gloria y majestad, tienen, sin duda, la misma virtud y autoridad. Por él obtuvimos el perdón de los pecados, por él lavamos todas las manchas; por su don y beneficio, de hombres nos hicimos ángeles los que recibimos la gracia, no mudando de naturaleza, sino lo que es mucho más admirable, permaneciendo en la naturaleza humana y ostentando en nosotros el modo de vivir de los ángeles.

Tal como esta es la virtud del Espíritu Santo. Y así como este fuego sensible, cuando se apodera del barro deleznable, lo convierte en duro ladrillo, así también el fuego del Espíritu Santo cuando se apodera de un alma agradecida, aunque la halle más deleznable que el barro, la convierte en más dura que el hierro; y al que poco antes se hallaba corrompido en el cieno del pecado, al punto lo para más resplandeciente que el sol. Y esto es lo que nos enseñaba S. Pablo cuando clamaba: *No os equivoquéis: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los muelles, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los ebrios, ni los maldicientes, ni los dados a la rapiña, poseerán el*

reino de Dios (1 Cor. 6, 9-10). Y después de haber enumerado cada una, por decirlo así, de las especies de maldad, y enseñado cómo los reos de tales culpas quedan enajenados del reino de Dios, añadió a continuación: *Y esto erais algunos de vosotros; pero fuisteis lavados, pero fuisteis santificados, pero fuisteis justificados* (Ib. v. 11). ¿De qué manera? respóndenlos; porque esto es lo que tratamos de averiguar. *En el nombre del Señor Jesucristo, dice, y en el Espíritu de nuestro Dios* (Ibid.). ¿Ves, amado hijo, la virtud del Espíritu Santo? ¿Ves cómo es el Espíritu Santo quien borró toda esta maldad, y a los que por sus propios pecados se veían perdidos los elevó de repente al honor más encumbrado?

II

¿Quién, pues, será capaz de llorar y lamentar, como se merece, a los que se lanzan a blasfemar de la majestad del Espíritu Santo, los cuales, como perdido el seso, ni siquiera en atención a la grandeza de los beneficios recibidos consienten en despojarse de su ingratitud, antes no hay cosa que no se atrevan a hacer contra su propia salvación, y privando al Espíritu Santo, en cuanto está de su parte, de la dignidad de Señor, tratan de relegarlo a la condición de criatura? A los cuales bien quisiera yo preguntarles: ¿por qué razón, insensatos, declararéis tal guerra contra el Espíritu Santo, o mejor contra vuestra propia salvación, y ni siquiera queréis que se os acuerden las palabras que el Salvador dijo a los discípulos: *Id, y enseñad a todas las naciones, bautizando a todos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo* (Mt. 28, 19)? ¿No veis aquí una majestad igual en gloria? ¿No veis una concordia perfectísima? ¿No veis una indivisible Trinidad? ¿Hay aquí alguna diferencia, mudanza o disminución? ¿Cómo os atrevéis vosotros a añadir nada de vuestra cosecha a las palabras del Señor? ¿No sabéis que aun en los negocios humanos, si uno tiene el intento o la osadía de añadir o quitar algo a un documento del Emperador, que al fin es participante de nuestra misma naturaleza, se le castiga con el último suplicio, sin que haya medio de librarle de la condena? Pues si tal peligro hay tratándose de un hombre, ¿qué perdón habrá jamás para los que llegan a semejante locura e intentan adulterar las palabras de nuestro divino Salvador, ni quieren escuchar a Pablo, por cuya boca habla Cristo, que con poderosa voz clama, diciendo: *Ni ojo vio, ni oído oyó, ni cupo en corazón de hombre lo*

que preparó Dios para los que le aman (1 Cor. 2, 9)? Si, pues, ni ojo vio, ni oído oyó, ni hubo corazón en que cupiese el conocimiento de las cosas preparadas para los que le aman, ¿cómo podrá ser, oh santo Apóstol, que alcancemos nosotros su conocimiento? Esperad un poco, y pronto oiréis cómo también esto nos lo enseña. En efecto, añadió la siguiente cláusula: *Pero a nosotros nos lo reveló Dios por su Espíritu* (Ib. v. 10); ni se detuvo en estas palabras, sino que, para mostrar la grandeza de su poder, y cómo es de la misma substancia que el Padre y el Hijo, añade: *Porque el Espíritu todo lo penetra, aun lo profundo de Dios* (Ibid.). Queriendo luego hacernos ver la doctrina con más claridad por ejemplos humanos, añadió: *Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también, nadie conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios* (Ib. v. 11). ¿No ves aquí una instrucción completa? A la manera, dice, que lo que se encierra en la mente del hombre no es posible que lo conozca ningún otro, sino que él sabe lo suyo, así también las cosas de Dios nadie las conoce, sino el Espíritu de Dios: que es muy grande y apto argumento para demostrar la dignidad del Espíritu Santo. Porque nos puso un ejemplo, como si dijera: Es imposible que ningún hombre ignore lo que tiene en su pensamiento. Pues bien; así como esto es imposible, así es cierto que con esta misma precisión sabe el Espíritu Santo las cosas de Dios. Y no se cómo también al decir esto el bienaventurado Apóstol, deje de herir a los que, según su privado parecer, declaran con daño propio tan terrible guerra a la dignidad del Espíritu Santo, y, en cuanto les es dado, le privan de la gloria de Señor y le reducen a la vileza de las criaturas. Pero aunque ellos muevan rencillas oponiéndose a las sentencias de la divina Escritura, nosotros, recibiendo sus divinos documentos como oráculos bajados del cielo, dirijámosle las debidas alabanzas como a Dios, y juntamente con la rectitud de nuestra fe, mostremos tener exacto conocimiento de la verdad.

III

Basta, pues, lo dicho contra los que se empeñan en enseñar doctrinas contrarias a lo que el Espíritu Santo dice; ahora es necesario mostrar a vuestra caridad por qué razón el Señor no nos concedió la causa de tan grandes bienes en seguida después de su Ascensión, sino que dejó a los discípulos que esperasen primero algunos días y estuviesen recogidos, y entonces les envió la gracia del Espíritu Santo.

Tampoco esto sucedió al acaso y sin motivo. Bien sabía la condición de los hombres, que no suelen admirar los bienes que tienen entre manos, ni estimarlos en lo que merecen, por más que sean agradables y grandes, si no experimentan las acometidas de los males contrarios. Así, por ejemplo, pues es preciso decirlo más claro: el que tiene buena salud y robustez corporal, ni siente ni puede saber con determinación cuántos bienes recibe de la salud, si no llega a sentirse débil y experimentar la enfermedad; y asimismo, el que ve la luz del día no admira tanto su resplandor, si no ha experimentado las sombras de la noche. Porque la experiencia de las cosas contrarias es siempre maestra que claramente nos hace ver las cosas de que primero habíamos gozado. Pues por esta razón también entonces, como habían gozado los discípulos con la presencia de su Maestro de innumerables bienes, y por su continuo trato con él disfrutaban de toda felicidad, pues todos los habitantes de Palestina los miraban como a unas lumbreras, por verlos resucitar muertos, limpiar leprosos, fugar a los demonios, curar enfermedades y hacer otras muchas maravillas, ya, pues, que se veían en tanta gloria y hechos objeto de todas las miradas, permitió que se vieran destituidos por breve tiempo del poder que les comunicaba, para que, al verse en tal privación, entendieran cuántos bienes les concedía la presencia de su bondad, y, con el sentimiento y recuerdo de los bienes pasados, recibieran con más fervor el don del Espíritu Consolador. Y en efecto; hallándolos llenos de tristeza, los consoló; envueltos en sombras de dolor por la partida de su Maestro, los iluminó con su divina luz; derribados en tierra, los levantó; disipó las nubes de su desaliento, y desvaneció sus dudas y ansiedades. Porque como habían oído la voz del Señor: *Id y enseñad a todas las naciones* (Mt. 28, 19), y se hallaban dudosos sin saber adonde debería cada uno dirigir su rumbo, y en qué región de la tierra habrían de pregonar la divina palabra; descendiendo sobre ellos el Espíritu Santo en forma de lenguas, designa a cada uno las regiones que ha de evangelizar, y por medio de la lengua que a cada uno reparte le da a conocer, como en un documento, el límite determinado del cargo y potestad doctrinal que se le encomienda.

IV

Esta es la razón por qué se presentó en forma de lenguas; y no fue esta la única, sino también para recordarnos un suceso antiguo. Porque ya que antiguamente los hombres, fuera de sí por la soberbia,

trataron de elevar una torre que subiera hasta el cielo, y deshizo Dios su malvado concierto con la división de las lenguas, por eso también ahora baja sobre ellos el Espíritu Santo en forma de lenguas, para unir por este medio el orbe de la tierra dividido. Y sucedió una cosa nueva y peregrina: que así como allá antiguamente las lenguas dividieron al mundo y rompieron la perversa unión que lo enlazaba, así, por el contrario, ahora, unieron a toda la tierra y redujeron a concordia lo que estaba separado. Bajó, pues, en forma de lenguas, por la razón expuesta; y eran las lenguas a manera de fuego, por causa de las espinas del pecado que en nosotros habían crecido. Porque así como la tierra, aunque sea fértil y jugosa, si no es cultivada, brota abundante cosecha de espinas, así nuestra naturaleza, hermosa y buena de parte de su Criador, y dispuesta a producir el fruto de la virtud —por no ser surcada con el arado de la piedad, ni recibir la semilla del conocimiento de Dios— produce, como espinas y pernicioso maleza, la impiedad. Y a la manera que muchas veces no se descubre la superficie de la tierra por la muchedumbre de espinas y malas hierbas, así tampoco aparecía la nobleza y limpieza de nuestra alma, hasta que presentándose el verdadero cultivador de la naturaleza humana, y lanzando sobre ella el fuego del Espíritu Santo, la purificó y la dispuso para recibir la celestial semilla.

Tales son, y aun más que estos, los bienes que por esta fiesta nos vinieron. Por esta causa os exhorto, que la celebremos regocijados, no coronando las puertas, sino hermoando las almas; no adornando la plaza con tapices, sino embelleciendo el alma con las galas de la virtud, para que así podamos recibir la gracia del Espíritu Santo y recoger los frutos que de él proceden.

V

Y ¿cuál es el fruto del Espíritu Santo? Oigámoslo de los labios de Pablo: *El fruto del Espíritu*, dice, *es caridad, gozo, paz* (Gal. 5, 22). Mira la exactitud de sus palabras, la lógica de su doctrina; puso por delante de la caridad, y luego mencionó lo que la sigue: fijó la raíz, y luego nos enseñó el fruto; echó el cimiento, y luego construyó el edificio; comenzó por la fuente, y luego llegó a sus arroyos. Porque no puede entrar en nosotros y conmovernos la causa de la alegría, si primero no consideramos por nuestra la felicidad ajena, y no miramos como propios los bienes del prójimo; y esto de ninguna otra parte

puede venir, si no prevalece y redundo el imperio de la caridad. La caridad es raíz y fuente y madre de todos los bienes; pues como raíz produce sin número los ramos de la virtud, y como fuente brota numerosos arroyos, y como madre estrecha dentro de su seno a los que se acogen a ella; y porque muy bien lo comprendía San Pablo, la llamó fruto del Espíritu Santo; y en otra parte le atribuyó tal prerrogativa, que la llamó plenitud de la ley. *Plenitud de la ley*, dice, *es la caridad* (Rom. 13, 10). Y en realidad de verdad, el Señor de todos no nos propuso otro distintivo ni carácter suficiente para aparecer sus discípulos, sino la caridad. *En esto conocerán que sois mis discípulos, en si os tenéis amor los unos a los otros* (Jn. 13, 35).

Ea, pues, acudamos todos a ella, con ella nos abracemos, con ella recibamos esta festividad; porque donde hay caridad, cesan las miserias del alma; donde hay caridad, se apaciguan las rebeldías irracionales del interior. *La caridad*, dice, *no obra en vano, no se hincha, no es ambiciosa* (1 Cor. 13, 4-5). La caridad no causa daño al prójimo; donde reina la caridad, no hay Caín que aborrezca a su hermano. Corta la fuente de la envidia, y córtase la corriente de todos los males; corta la raíz, y quitaste el fruto. Y esto lo digo con mayor solicitud por los envidiosos que por los envidiados; porque los primeros ellos mismos se causan el mayor daño y se acarream gravísima ruina; mientras que a los envidiados, la misma envidia ajena les puede, si ellos quieren, ser causa de corona. Mira cómo es celebrado y ensalzado cada día el justo Abel, y cómo el haber sido muerto le fue ocasión de gloria. Y mientras él, aun después de muerto, habla con gran libertad por medio de su sangre, y con clara voz arguye a su hermano homicida, éste, en cambio, quedando vivo, recibe en recompensa de sus obras el fruto de sus mismas obras, y vive sobre la tierra gimiendo y lleno de sobresalto; Abel, muerto y tendido en tierra, hablaba con mayor libertad después de la muerte; y así, como a Caín, aun estando vivo, le hizo el pecado más infeliz que los muertos, así, por el contrario, a Abel la virtud le hizo resplandecer más aún después de la muerte. Por esta razón, también nosotros, para que en esta vida y en la otra logremos mayor libertad y confianza, para que recojamos en esta festividad mayor fruto de alegría, desechemos todas las vestiduras manchadas de nuestra alma, y desnudémonos sobre todo del vestido de la envidia. Porque aun cuando nos parezca que hacemos innumerables obras buenas, de todas nos veremos desposeídos mientras nos agobie esta cruel y terrible enfermedad; ojalá todos podamos huir de

ella, y sobre todo los que hoy por la gracia del bautismo se han despojado de la vieja vestidura de la culpa, y pueden ahora competir en resplandor con los rayos solares.

Por consiguiente, vosotros los que hoy habéis sido alistados entre los hijos de Dios, los que os habéis engalanado con esa blanca vestidura, ¡ea! os lo suplico, conservad con todo empeño el resplandor que ahora tenéis, cerrad por todas partes la entrada al demonio, para que gozando más abundantemente de la gracia del Espíritu Santo, podáis producir el fruto de treinta, de sesenta y de ciento, y seáis juzgados dignos de salir con confianza al encuentro del Rey de los cielos, cuando venga a distribuir los bienes inefables a cuantos hayan pasado virtuosamente la presente vida, en Jesucristo nuestro Señor.

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2025
[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 @escritores de iglesia +ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA